

MORÁN, JERÓNIMO (1817-1872)

LOS CORTESANOS DE DON JUAN II

PERSONAJES:

DON JUAN II, rey de Castilla
CHACÓN
ALFONSO PÉREZ DE VIVERO
UN RELIGIOSO DOMINICO
DON ÁLVARO DE LUNA
UN CAMARERO DE PALACIO
EL CONDE DE PLASENCIA
CUATRO HOMBRES ARMADOS
EL CONDE DE HARO
RICOS HOMBRES
DON JUAN DE LUNA
PAJES
DOÑA JIMENA
SOLDADOS
LAURA, camarera
PUEBLO
FERNANDO DE RIVADENEIRA

La escena es en Burgos: época la Semana Santa del año 1453.

ACTO PRIMERO

Jardín de palacio.

Escena I

DOÑA JIMENA. LAURA.

LAURA
¿Ello es, señora, que al fin
estáis aquí más serena?

JIMENA

Algún alivio a mi pena
encuentro en este jardín:
en él, Laura, fácilmente
se aplacan mis amarguras,
y es que soñadas venturas
tornan en él a mi mente.
Aquí, sin saber por qué,
goza adormecida el alma
gratos momentos de calma
cual en mi infancia gocé.
Si abismada en triste duelo
lanzo afligida un suspiro,
el aura que aquí respiro
es un aura de consuelo.
Ahora mismo, Laura mía,
un dulce presentimiento
disipa el crudo tormento
que agitó mi fantasía.

LAURA

Señora, vos que tan bella
sois, que todos en la Corte
os siguen como a su norte,
os miran como su estrella:
vos, la huérfana mimada
en palacio por los reyes,
cuyos caprichos son leyes:
la querida, la envidiada.
Vos, que ostentáis en los ojos
dos claras distintas llamas,
una que abrasa a las damas
y las causa mil enojos;
otra cuyo dulce fuego
busca el hombre inadvertido,
que cuando en él ha prendido
pierde por ella el sosiego.
Vos, la reina en los festines
y la reina en los torneos,
a cuyos pies sus trofeos
rinden tantos paladines,
¿por qué el silencio buscáis,
por qué de la corte huís?
¡Acaso no presumís
los tormentos que causáis!

JIMENA

Laura, el corazón vacío
nada en la Corte me dice,
porque allí soy infelice
entre el alegre gentío:
que en vez de darme a gozar
instantes más halagüeños
aquellos rostros risueños
dan pábulo a mi pesar.
Mas ya que así te interesa
mi tormento y aflicción,
te abriré mi corazón...

LAURA

Sí, cumplid vuestra promesa.

JIMENA

Sólo el cariño de un padre
en mi infancia conocí,
que el darme la vida a mí
costó la suya a mi madre.
Mas... ¡ay! Cuán poco gocé
las paternas caricias...
mis infantiles delicias
pronto en lágrimas troqué:
niña huérfana en Toledo
cuando dos lustros cumplí,
mi único apoyo perdí
en la batalla de Olmedo.
Tinto en sangre al espirar
mi padre a los pies del rey,
que es en los vasallos ley
por su rey la sangre dar,
dijo con voz lastimada:
«Rey don Juan, por vos muriendo,
una cosa os encomiendo;
mi única joya preciada,
¡mi hija...! Rey, ¡no os asombre
verme llorar al morir!»
Y así ¡dejó de existir
apenas dijo mi nombre.

LAURA

¿Lloráis?

JIMENA

Sí; pago el tributo

que es debido a su memoria.

LAURA

Lamentable es vuestra historia;
cubre el corazón de luto.

JIMENA

Después de su muerte, yo
a palacio fui llevada
y a la reina encomendada,
que su dama me nombró.
Pasado algún tiempo vi
allí en la Corte a Vivero,
el más gentil caballero
que en mis días conocí.
Era de don Juan doncel
y de contino le vía,
conoció mi simpatía
y aficionóseme él.
Diome a entender sus amores;
yo me rendí a sus protestas,
y en las zambras y otras fiestas
vestimos unos colores.
Mas también fue breve y vana
por esta vez mi alegría:
socorros al rey pedía
el príncipe de Viana;
don Juan a su hijo mandó
con soldados y dinero,
y el desdichado Vivero
con el príncipe partió.
En Navarra su pujanza
dio a Castilla alto renombre,
haciendo en breve su nombre
más temible que su lanza.
Pero ¡ay! Que si nunca pudo
contrario alguno domarle,
no fue imposible cercarle
sirviendo a Carlos de escudo.
En poder el de Viana
cayó del rey su enemigo,
teniendo en Aibar consigo
a Vivero.

LAURA

¡Suerte insana

y enemiga por demás!

JIMENA

Terrible, Laura, cruel.

LAURA

¿Y supisteis después de él?

JIMENA

No he vuelto a saber jamás.

LAURA

(Mirando adentro.)

El rey se acerca hacia aquí:
con don Álvaro pasea.

JIMENA

Vamos, Laura, no nos vea.

LAURA

¿A palacio?

JIMENA

(Señalando con la mano el interior del jardín.)
No, hacia allí.

Escena II

EL REY. DON ÁLVARO.

REY

Venid, el mi condestable:
aquí en el jardín podemos
sin testigos importunos
departir con más secreto
cosas que a vos interesan,
y a mí, y aún a todo el reino.

ÁLVARO

Que son cosas que se fraguan
en nuestro daño sospecho:
puede contar vuestra alteza
con mi brazo y con mi acero.

REY

Ya sabéis con cuánto gusto
vuestro vasallaje acepto,
don Álvaro: conocéis
el cariño que os profeso
sabéis que viene de antiguo
el origen de mi afecto;
y que si es verdad que siempre
mis gustos fueron los vuestros,
lo es también que mil pesares
me ha ocasionado teneros
siempre junto a mí, malgrado
de infanzones altaneros.

ÁLVARO

Y sé además, rey don Juan
que cuando han turbado el reino
los extraños y los propios
con guerras y desafueros,
fui yo siempre con mi gente
en la campaña el primero,
ora venciendo sus huestes,
o frustrando sus proyectos.

REY

Harto sé vuestros servicios,
excusad esos recuerdos.
En pocas palabras, Luna,
tenéis que partir, y luego,
de mi Corte.

ÁLVARO

¿Así pagáis
mi adhesión y mis esfuerzos?
¡Me desterráis..! Por dar gusto
a traidores consejeros:
dudo si soñando estoy.

REY

Condestable, no os destierro;
pero es preciso que vos,
por nuestro común provecho,
os apartéis de mi lado,
es forzoso: me enternezco
sólo al pensarlo; los nobles

así lo exigen: yo debo
darlos gusto.

ÁLVARO

¡Darlos gusto!

Vive Dios que me avergüenzo
de que así un rey de Castilla
se muestre débil, pudiendo
aterrar con sólo un grito
a esos vasallos protervos.

REY

¿Queréis que nuevos disturbios
alteren la paz del reino?
¿Queréis que presa otra vez
por los nobles turbulentos,
y ajada mi real persona,
se resientan los cimientos
del mismo trono?

ÁLVARO

Don Juan,
vuestro honor es lo que quiero:
confunda vuestro poder
a esos hombres altaneros:
una orden dadme, una sola,
y a morder van al momento
la tierra que pisan...

REY

¡No!

Harto de sangre sedientos
habéis todos derramado
la de tanto infeliz pueblo:
vuestra obediencia tan sola,
condestable, es lo que quiero.

ÁLVARO

¡Mi obediencia...! ¿Y qué se cifra
en ella, rey?

REY

El sosiego,
la paz.

ÁLVARO

Don Juan, ilusiones
son ésas: vanos ensueños
os forjáis... ¿Buscáis la paz
¡la paz! gobernando el reino
ambiciosos ricos homes
que han conquistado sus puestos
a viva fuerza, y que tienen
tantos rivales entre ellos?

REY

Condestable, así es preciso:
hacedlo por mí; os lo ruego:
si algún amor conserváis
al antiguo compañero
de vuestra infancia, marchad,
salid de Burgos, ya os tengo
ofrecido antes de ahora,
y por mi fe os lo prometo
segunda vez, conservaros
todos cuantos privilegios
os he concedido, y más
os doy en este momento,
el ducado de Trujillo:
hacedlo, Luna; os ofrezco
que volveréis a mi lado
así que aquietado el reino
se encuentre.

ÁLVARO

Basta, don Juan:
no más mercedes anhelo;
que aunque tarde, reconozco
lo que importa el valimiento
de los reyes: sé muy bien
que hay en Burgos de secreto
hombres de armas destinados
contra mí; sé que un refuerzo
traerá el conde de Plasencia
además...

REY

¿Si sabéis eso,
por qué despreciáis ingrato
mis amistosos consejos?

ÁLVARO

Porque os perdéis vos también
al tiempo que yo me pierdo;
porque no se dobla a nadie
la rectitud de los cetros;
y porque no es justo, en fin,
que así logren sus intentos,
hombres cobardes.

REY

¿Oís?

Gente se acerca, silencio.

Escena III

Dichos. El CONDE DE HARO.

REY

¿Qué se le ocurre al de Haro?

HARO

Guarde a vuestra alteza el cielo.

REY

¿Llegó el conde de Plasencia?

HARO

Con trescientos ballesteros
entró en la ciudad no ha mucho,
y ahora viene sus respetos
a ofrecer a vuestra alteza:
en palacio espera...

REY

Debo

verle al punto, y darle gracias
por el solícito esmero
con que ha cumplido mis órdenes.

HARO

Es ley, señor, así hacerlo.

REY

Vos, condestable, después
cuidad de verme, que tengo

algunas cosas que hablaros.
Vamos, conde.

HARO
Os obedezco.

ÁLVARO
(Aparte al REY.)
Tenga presente su alteza
en oportuno momento
que el de Luna no es cobarde,
y que siempre fue muy vuestro.

Escena IV

DON ÁLVARO.

ÁLVARO
Ya, don Álvaro, menguando
va el esplendor de tu luna:
tu poder se va estrellando
contra el poder de otro bando;
¿sucumbirás por fortuna?
¡Sucumbir...! ¿Y mi ambición?
Vive Dios que fuera mengua;
pero ¡ay! Que en esta ocasión
desmiente mi corazón
lo que pronuncia mi lengua.
Si en pobre cuna nací
fruto de bastardo amor,
¿qué he venido a hacer yo aquí?
¿Por qué ha de cegarme así,
trono, tu vano esplendor?
Todo falsedad, mentira,
es la corte y su privanza,
veneno que sólo inspira
a quien de cerca la mira
envidia y sed de venganza.
Mas yo que conozco tarde
su perfidia y sus engaños,
¿por qué he de ceder cobarde,
ya que de él tengo hecho alarde,
un poder de tantos años?
¡Jamás, jamás...! ¿Ceder yo?

¿Y a la nobleza altanera!
Se engaña quien lo pensó:
de grado tal vez cediera,
pero por fuerza... eso, ¡no!

Escena V

DOÑA JIMENA. LAURA.

LAURA
Se marcharon al momento
ya estamos en libertad:
aquí hay, señora, un asiento:
venid, venid, descansad.

JIMENA
(Reclinándose en un banco de piedra.)
Aprovecho la ocasión.
No sé qué oculto beleño
entorpece mi razón
y me está brindando al sueño.

LAURA
Un momento de sosiego
os viniera bien a fe.

JIMENA
Es verdad, sí; vuelve luego:
ahora, Laura, déjame.

Escena VI

DOÑA JIMENA.

JIMENA
¿Por qué el recuerdo de mi tierna infancia
vierte en mi pecho tan amarga hiel?
¿Por qué el hado con bárbara constancia
así me aflige sin cesar cruel?
Tristes memorias mi afligida mente
se complace tan sólo en recordar,
y pasan una a una velozmente,

y tornan mis dolores a aumentar.
Ven, sueño, ven, que tú eres en mi duelo
único alivio a mi dolor tenaz,
mi único dulce bienhechor consuelo:
ya siento que se acerca, llega en paz.

(Se queda dormida.)

Escena VII

DOÑA JIMENA, dormida. VIVERO completamente armado a uso del siglo XV.
CHACÓN.

CHACÓN

Pardiez, señor, es extraño
que tengáis tales caprichos.

VIVERO

He de ver al rey, Chacón,
al instante: así es preciso.
¿No nos dijeron afuera
que se hallaba en este sitio?

CHACÓN

Ya veis que no le encontramos:
tengo los huesos molidos
de correr... ¡catorce leguas!
Trepando cuevas y riscos,
y en una sola jornada.

VIVERO

Todo necesario ha sido
para escapar de las garras
del de Navarra...

CHACÓN

(Viendo a JIMENA, en quien no habían
reparado hasta ahora.)

¡Quedito!

Venimos buscando reyes
y encontramos angelitos
dormidos sobre las piedras:
llegad, mi señor...

VIVERO

(Contemplando a JIMENA de cerca.)

¡Qué miro!

Es Jimena... ¡Dios eterno,
siempre bella..!

CHACÓN

Es un prodigio.

VIVERO

¡Jimena, Jimena...! ¿Es cierto
que te vuelvo a ver..? ¡Bien mío!
¡Cuántas penas me ha costado
tu memoria!

CHACÓN

(¿Con suspiros
se nos viene...? ¿Qué apostamos
a que pierde los estribos
el buen amo, y se le antoja
hacer algún desatino?
¡Pobre niña...! Pero no...
Con tanto correr... pues digo,
que está ahora el cuerpo a propósito
para cosas de amoríos.) (Aparte.)

VIVERO

Vete, Chacón.

CHACÓN

¿Qué decís?

VIVERO

Que te vayas.

CHACÓN

¿Ahora mismo?

VIVERO

En el momento.

CHACÓN

¡Pardiez!

Que jamás en los peligros
me ha mandado que te deje.

¿Parece que no es preciso

ya ver al rey?

VIVERO

No, Chacón.

CHACÓN

De ese modo...

VIVERO

¡Por Dios vivo!

Obedece y no repliques.

CHACÓN

Obedezco y no replico.

(Dios del débil, dadla fuerzas,
porque el hombre es algo arisco.) (Aparte.)

Escena VIII

VIVERO. DOÑA JIMENA.

VIVERO

Objeto de mi amor, prenda querida,
después de males y peligros tantos,
vuelvo a tu lado a embellecer mi vida,
vuelvo esclavo a gemir de tus encantos.
No más guerra, no más, sólo la llama
arde de amor en mi abrasado pecho:
en vano del Dios Marte la oriflama
apagarla pretende a mi despecho.
¿Qué triunfos, qué laureles, qué despojos
en las lides jamás ganó mi espada
que puedan compararse de sus ojos
a una sola de amor dulce mirada!
Despierta, ídolo mío, y a tu lado
mira de nuevo a tu amador rendido.

(JIMENA se agita entre sueños.)

Mas sus labios mi nombre han pronunciado...

¡Y pude necio yo temer su olvido!

Sueña... sin duda el corazón la anuncia

un término a su largo y triste duelo:

y es mi nombre ¡mi nombre! El que pronuncia:

aquí estoy a tus pies... ¡ángel del cielo!
(Arrodillándose.)

JIMENA

(Los dos versos primeros los recita
incorporándose; después vuelve a reclinarse.)
¡Vana, vana ilusión...! ¡Ésa es su sombra
que me finge de amor el frenesí:
¡el eco de su voz ya no me nombra!

VIVERO

Heme, hermosa Jimena, heme ante ti.

(Tomándola una mano y despertándola.)

JIMENA

(Se levanta.)
¿Me engaña mi fantasía,
o estamos juntos los dos?
¡Alfonso!

VIVERO

¡Jimena mía!

JIMENA

¡Yo que sueño le creía,
y es realidad...! ¡Justo Dios!

VIVERO

También, Jimena, soñabas,
y en tu profético ensueño
de placer me enajenabas,
porque el nombre pronunciabas
del que te aclama su dueño.

JIMENA

Ese nombre, Alfonso, aquí
le tuve siempre esculpido,
mientras tú lejos de mí
tal vez dabas al olvido
mi amoroso frenesí.

VIVERO

Calla, ingrata... ¡olvidar yo
tu cariño y tu ternura!
Jamás Alfonso olvidó

a la hermosa en quien cifró
su amor todo y su ventura.
¿Y tú has podido creer
que Alfonso infiel te sería?

JIMENA

No supe lo que decía.
¿Cómo es que te vuelvo a ver?

VIVERO

Escucha, Jimena mía.
El rey me alejó de aquí,
si el corazón no me engaña,
por separarme de ti,
por eso de su orden fui
con don Enrique a campaña.
Y a la par que maldiciendo
siempre esa guerra importuna,
allí entre el marcial estruendo
pensé cambiar combatiendo
nuestra contraria fortuna.
Donde los peligros, yo
allí el primero a buscarlos:
jamás mi pecho tembló;
por eso el príncipe Carlos
mil honras me dispensó.
Pero ¡ay! En hora menguada
me llevó una vez consigo
sobre Aivar, villa cercada,
pues fuimos en la jornada
presa del rey su enemigo.
Prisioneros en Estella
juntos el príncipe y yo
maldiciendo nuestra estrella
¡cuánta amorosa centella
en mi pecho se encendió!
En la vigilada almena
con cánticos de amargura
Carlos plañía su pena,
y yo lloraba, Jimena,
nuestra fatal desventura.
Mas al fin, hermosa mía,
tuvo el cielo compasión,
pues lució dichoso un día
en que burlando al vigía
pude huir de la prisión.
Don Carlos se quedó allí

por convenencia de estado:
yo desque libre me vi
a mis banderas volví,
del príncipe Enrique al lado.
Lleno Enrique de contento
me despachó con urgencia
para Burgos, y al momento
salgo allí del campamento
en alas de mi impaciencia.
A Burgos llevo por fin:
busco en palacio a don Juan;
me mandan a este jardín,
y hallo en él un serafín
dormido entre el arrayán.

JIMENA

¡Alfonso...! Qué lisonjero...

VIVERO

¿Tan poca fe yo te inspiro?

JIMENA

Gente se acerca, Vivero.

VIVERO

De nadie ser visto quiero:
aquí a un lado me retiro. (Se oculta.)

Escena IX

DOÑA JIMENA. DON JUAN DE LUNA.

JUAN

(¿Tan sola Jimena
y en sitio apartado?
Fortuna ha guiado
mis pasos aquí.
Si osado la digo
mi afán amoroso...
¿Saldré victorioso?
Yo pienso que sí.) (Aparte.)
Dios guarde al lucero
de toda Castilla,
la estrella que brilla

con más esplendor...

JIMENA

Estáis cortesano:
ya es ésa, el de Luna,
lisonja importuna:
callad, por favor.

JUAN

Jamás lisonjeros
han sido mis labios.

JIMENA

Entonces agravios
haceisme tal vez.

JUAN

Piedad... ¡Oh Jimena!
¿Por qué así me miras?
Depón esas iras,
depón la altivez.

JIMENA

Tened esa lengua,
tened, que me infama.
¿Por qué así a una dama
cobarde injuriáis?
Jamás os creyera,
don Juan, tan osado;
que estáis ya casado
sin duda olvidáis.

JUAN

¡Mi lengua ofenderte!
¡Jimena...! Esos lazos
mañana pedazos
u hoy mismo se harán,
que tanto en mí puede,
gentil criatura,
tu amor, tu hermosura...

(JIMENA da muestra de impaciencia.)

¿No escuchas mi afán?

JIMENA

¡Silencio...! Dejadme:
silencio, os repito:
yo nunca un delito
podré consentir.
¿Queréis, mal que os pese,
que todo os lo diga?
Por si algo os obliga
habreislo de oír.
Sabed lo primero
que no quiero oiros,
que vuestros suspiros
enfado me dan;
que vuestras protestas
y vuestros amores,
y vuestros favores
me cansan, don Juan.

JUAN

¿Los dos aquí solos,
mujer orgullosa,
y tu lengua osa
mi amor propio herir?
¡Pardiez! No conoces
acaso al de Luna:
¿mi hablar te importuna?
Pues hasme de oír.
Murió allá en Navarra
tu amante Vivero:
esto es lo primero,
escucha el final...
¿Qué miras? No hay nadie,
da rienda a tu pena,
no temas, Jimena,
de mí ningún mal.
Detente... ¿te marchas?

(JIMENA va a marcharse. DON JUAN la detiene tomándola bruscamente una mano.)

por Dios soberano
que más bella mano
no he visto jamás.
Parece que tiembles.
¿Do está aquella furia?
¿Por qué no me injuria
tu labio ya más?

Escena X

Dichos. VIVERO, con la visera calada.

VIVERO

(Harto estuve ya callando:
no más insultos tolero.) (Aparte.)
Mal parece un caballero
a una dama amenazando.
¡El de Luna...! Os confundís...
Ahora el que tiembla sois vos.

JUAN

Atrevido sois por Dios;
con mucho fuero venís.
Si porque estáis tan armado
habláis con tanta osadía,
os engañáis a fe mía:
tengo yo valor sobrado
para...

VIVERO

Sí, tenéis valor
para ofender a una dama.

JUAN

Callad, callad; nadie infama
impunemente mi honor.

VIVERO

Como tengáis el arrojo
para vengar una ofensa,
que con la dama indefensa...

JUAN

Temed, si os burláis, mi enojo.
¿Quién sois, que así os atrevéis
a insultar a un caballero?
Descubrid...

VIVERO

Mirad. (Alzándose la visera.)

JUAN
¡Vivero!

VIVERO
Ya, don Juan, me conocéis.

JUAN
¡Vos aquí...!

VIVERO
¿Muerto en campaña
fue Vivero? Pues su sombra
parece que no os asombra,
y es por cierto cosa extraña.

JUAN
¡Vive Dios!

JIMENA
Basta, os perdono.

VIVERO
Y yo también: idos, Luna.

JUAN
¡Perdonarme...! ¿Por fortuna
olvidáis los dos mi encono?
Ved cómo me he de marchar.

VIVERO
De buen grado.

JUAN
(Sacando la espada.)
No, primero
el buen temple de mi acero,
Alfonso, habéis de probar.

VIVERO
(Desenvainando también.)
Si vos lo queréis así...

JIMENA
(Interponiéndose entre ambos.)
¡Luna...! ¡Alfonso! ¡Por piedad!

VIVERO
Deja, Jimena.

JUAN
Apartad.

JIMENA
(Gritando en el foro: VIVERO y DON JUAN
riñen entre tanto: LAURA llega sobresaltada.)
¡Laura! Ven: ¡triste de mí...!
¡Laura, Laura...!

Escena XI

Dichos. LAURA.

LAURA
¡Santo cielo!
¿Qué ruido es éste, señora?
Caballeros, en mal hora
vinisteis con vuestro duelo
a redoblar nuestra pena.
Mirad, por allí el rey viene.

JUAN
Disimular me conviene.
(Envainando la espada.)

VIVERO
Venid conmigo, Jimena.

(Envainando también. Se lleva a JIMENA por el foro, LAURA los sigue, DON JUAN empieza a recitar los versos de la escena siguiente antes de que se oculten.)

Escena XII

DON JUAN.

JUAN
El rey viene, sí, es verdad:
disimular es preciso:
vuestra suerte así lo quiso,

pero mis iras temblad.
El valimiento y poder
del condestable mi tío
pronto estará a mi albedrío:
o vengarme, o perecer.
Me consuela esa esperanza;
será inútil su defensa,
que si ha sido atroz la ofensa
lo ha de ser más la venganza.

ACTO SEGUNDO

Salón regio, con un sólo sillón para el REY.

Escena I

DON ÁLVARO. HARO. PLASENCIA.

ÁLVARO
Ved, condes, de qué manera
he de salir de palacio.

PLASENCIA
A estar, Luna, más despacio,
vive Dios que os lo dijera.

HARO
Callad, señores, callad;
vuestra lengua se propasa,
y estáis del rey en la casa:
ésa es mucha libertad.

ÁLVARO
Donde me buscan, el de Haro,
sin ver el sitio en que estoy
allí la respuesta doy.

HARO
Eso ya raya en descaro.

PLASENCIA
Condestable, la insolencia

era buena para ayer,
hoy no, que vuestro poder

va ya mucho en decadencia.

ÁLVARO

Pensad bien lo que intentéis,
no se vuelva en vuestro daño
ahora también como antaño
el lazo que me tendéis.

PLASENCIA

Jamás traidores seremos,
orgullosos condestables;
vuestro yugo abominable
sólo quebrantar queremos.
¿Os parece buena ley
que os ciñáis vos la corona,
tíranos de la persona
y los estados del rey?
¿Os parece bien, por Dios,
que inclinada la cabeza
tenga siempre la nobleza
donde estuviéredes vos?
¿Y que sus tierras y feudos
por saciar un vil enojo,
pasen así por antojo
a poder de vuestros deudos?
Ya no más: harta mancilla
sobre nuestra frente vimos,
harto tiempo esclavos fuimos
los señores de Castilla.

HARO

Tiene sobrada razón
ahora el conde de Plasencia:
harto tiempo con paciencia
sufrimos tanto baldón.

ÁLVARO

¡Con paciencia...! Por mi vida
que os engañasteis los dos.

PLASENCIA

El que se engaña sois vos.

ÁLVARO

Calle esa lengua atrevida.

(Sacando la espada.)

¡Por Santiago...! Ya es vileza
tamaña ofensa sufrir:
mi espada os sabrá decir
quién debe mandar.

Escena II

Dichos. El REY.

CAMARERO

(Anunciando y vase; DON ÁLVARO
envaina la espada cuando empieza a
hablar el REY.)

Su alteza.

REY

¡Viéndolo estoy y aún lo dudo!
Atrevido condestable,
¿qué hacéis aquí, miserable,
con el acero desnudo?

ÁLVARO

Vasallo fiel defendiendo
estaba al rey mi señor
contra el acento traidor
de alguno que aquí estáis viendo.
Si hay para la lealtad
ley que marque alguna pena,
ésa, señor, me condena,
y no otra alguna.

REY

Callad,
y dad las gracias al cielo
ya que para vuestra mengua
no os mando cortar la lengua:
galardón que vuestro celo
sólo merece...

ÁLVARO

Señor...

si vos lo ordenáis así...

REY

Basta ya: marchad de aquí.

PLASENCIA

No, primero por favor
déme su alteza licencia
para que pueda mi labio...

REY

¿Queréis vengar vuestro agravio?
Hablad, conde de Plasencia. (Se sienta.)

PLASENCIA

Juro a fe de castellano
que el condestable ha mentido
por defenderse atrevido
de su proceder villano.
Que no son traidores, rey,
no, los grandes de Castilla,
sino el hombre que mancilla
a un tiempo el trono y la ley.
No es traidor el que defiende,
señor, vuestra libertad,
el que mira por la paz
cuando la guerra se enciende:
el que con su gente acude
a sostener la corona
cuando el poder que la abona
ha menester quien le ayude.
No es traidor, don Juan, no lo es,
el que vuestro bien procura,
el que su adhesión os jura
rendido aquí a vuestros pies.

(Arrodillándose y volviéndose a levantar.)

REY

Alzad, conde de Plasencia:
me es grato vuestro homenaje.

PLASENCIA

Las gentes, señor, que traje

están a vuestra obediencia.

REY

Gracias, conde: vos podéis
marcharos, Luna, de aquí.

ÁLVARO

Antes de tratarme así
os ruego que me escuchéis.
Recordad, don Juan Segundo,
quien en vuestros tiernos años
os mostraba los engaños
y las perfidias del mundo.
Recordad quién fue el primero
que halagó vuestra existencia
en la edad de la inocencia
con su cariño sincero.
Recordad quien ensayó
vuestras fuerzas cuando niño,
y el primero que el armiño,
de los reyes os vistió;
quién distrajo vuestras penas
con agradables canciones
al pie de los torreones,
y en las góticas almenas.
Recordad quién dirigió,
en las vegas de Granada,
vuestra hueste entusiasmada
que al musulmán derrotó.
Cuando la altiva grandeza
alzando rebelde grey,
osó de su mismo rey
amenazar la cabeza,
entonces, rey, recordad
quién fue el vasallo primero
que esgrimió por vos su acero
y os volvió la libertad.
Ved quién alza en vuestra tierra
los bandos y las facciones;
quién enciende las pasiones
y las incita a la guerra.
Y en fin, mirad que la envidia
y la sed de la ambición,
con máscara de adhesión
quieren cubrir su perfidia.
El velo infame rasgad

que oculta tantos engaños,
si evitar queréis más daños:
harto os digo, perdonad.
(Vase: el REY queda sumergido en profunda meditación.)

Escena III

El REY. HARO. PLASENCIA. Después un CAMARERO.

PLASENCIA
¡Atrevimiento notable!
Mucho ha sido el desenfado.

HARO
Sí, pero el rey ha escuchado
con placer al condestable:
mirad, en éxtasi está
repasando lo que ha oído.

PLASENCIA
Pues yo le juro al valido
que esta vez no le valdrá.

CAMARERO
Venía pide para hablar
con su alteza un caballero
que ha estado allá prisionero
en Navarra.

REY
Puede entrar.

(Saliendo de su distracción: vase el CAMARERO: momento de silencio.)

Escena IV

Los precedentes. VIVERO.

VIVERO
Salud a vuestra alteza y largos años;
dejad, señor, que humilde vuestras plantas
llegue a besar...

REY

¡Alfonso de Vivero!

VIVERO

Mis hierros quebrantar logré en Navarra,
y vuelto a mis banderas, vuestro hijo
con pliegos para vos aquí me manda.

REY

Levantaos, Alfonso, y en buen hora
piséis el pavimento de mi alcázar.

VIVERO

Estos los pliegos son.

(Dándole unos papeles cerrados.)

REY

(Ojeándolos.) Cosas de guerra.
Oíd, condes, oíd, ved si os agradan
los proyectos de mi hijo don Enrique.
(Leyendo.) «Marchar pienso, señor, sobre
Tafalla,
pues de librar al príncipe don Carlos
el conde de Lerin me da esperanzas:
para gloria y orgullo de Castilla
tiembla nuestro poder el de Navarra,
y treguas pide, que, si a vos os place,
licencia me daréis para negarlas.»
No hay que dudar: después me recomienda
vuestros grandes servicios en campaña,
que son dignos por cierto de mi aprecio.

VIVERO

Hice, señor, lo que el deber mandaba.

REY

Daros el galardón me corresponde:
¿teneisme que pedir alguna gracia?

VIVERO

Ninguna más, señor, que vuesa alteza
me dé a besar su mano:

(El REY se la alarga: VIVERO se arrodilla para besársela.)

esto me basta,
y excede a mi ambición...

REY
Alzad del suelo,
mi contador mayor.

VIVERO
Mercedes tantas...

REY
No son todas aún; otra os reservo
que ha de seros, yo pienso, muy más grata.
¡Hola!

(Llamando: sale el CAMARERO.)

CAMARERO
Señor.

REY
Decid a Juan de Luna
que al punto se presente en esta cámara.

(Vase el CAMARERO.)

Aguardad aquí, condes: vuelvo luego.
Y tú, mi contador, también aguarda.

Escena V

Dichos, menos el REY.

VIVERO
(¡Mandar venir a Luna..! Estoy confuso:
acaso pudo ver que las espadas
en el jardín sacamos.) (Aparte.)

HARO
En buen hora
recibáis las bondades del monarca.

PLASENSICA

Yo con gusto también os felicito,
mi amigo el contador.

VIVERO

Yo os doy las gracias.

PLASENCIA

¿Sabéis si hablaba el príncipe en sus pliegos
algo del condestable?

VIVERO

No sé nada;
mas presumo que sí, porque pretende
derribarle del puesto en que se halla.

PLASENCIA

¿De qué bando sois vos?

VIVERO

¿Yo? De ninguno.

PLASENCIA

De alguno de los dos justa es la causa.

VIVERO

De gratitud me ligan fuertes vínculos
al señor condestable: allá en Navarra
también quedé obligado con el príncipe:
ser imparcial me toca.

PLASENCIA

Eso no basta;
a su lado o al nuestro: el reino todo
de sufrir a don Álvaro se cansa.

VIVERO

Yo sólo sirvo al rey.

PLASENCIA

El rey hoy mismo
ha resuelto dar fin a su privanza,
y en breve de Castilla desterrado
irá con su ambición a otras comarcas.

HARO

Es temible su orgullo, tiene gente,

y es fácil que nos cueste una batalla
su caída.

PLASENCIA

No tal; esos temores
sólo a espíritus débiles asaltan.
¿Olvidasteis tan pronto que a mi orden
tengo hoy en Burgos cuatrocientas lanzas?

HARO

Silencio: Juan de Luna hacia aquí viene.

Escena VI

Los precedentes. DON JUAN DE LUNA.

JUAN

A Dios, condes.

HARO y PLASENCIA

A Dios.

JUAN

¿No me
llamaba
el rey a este lugar?

PLASENCIA

Sí; vuelve al punto.

JUAN

¿De mandarme venir cuál es la causa
sabéis acaso, condes?

PLASENCIA

La ignoramos:
él viene aquí a decirlo.

CAMARERO

Plaza, plaza.

Escena VII

Dichos. El REY. DOÑA JIMENA. LAURA. RIVADENEIRA. RICOS-HOMBRES.

PAJES.

JUAN

(¡Jimena con el rey... y aquí Vivero!
Crece en mi pecho de vengarme el ansia.)
(Aparte.)

REY

Venid, la dama hermosa; hoy mismo quiero
daros a demostrar cuánto me es grata
vuestra ventura: el corazón me anuncia
que acierto he de tener para colmarla.
Como un valiente pereció a mi lado
de Olmedo vuestro padre en la batalla,
fue vuestro nombre su postrer suspiro,
y os dejó a mi cuidado encomendada.
Perdonad si os recuerdo cosas tristes,
pues es indispensable recordarlas.
Yo os traje a mi palacio, y en el punto
os presenté a la reina, que su dama
complacida os nombró; fueron creciendo
al par que vuestros años, vuestras gracias,
y numerosa corte os cercó en breve
de mil adoradores entusiastas.
Uno entre los demás conseguir pudo
fijar vuestra atención, mas yo a Navarra
al punto le mandé: ¿queréis que os diga,
si de aquí le alejé, cuál fue la causa?
Quise, Jimena, que de vos se hiciera
digno por los esfuerzos de su espada;
quise lograr que así como de hija
un valiente guerrero el nombre os daba,
otro valiente vuestro esposo fuera:
sólo por eso le mandé a campaña.

JIMENA

Recibid, justo rey, hoy de mi pecho
la gratitud sincera que os consagra,
ya que huérfana triste de otro modo
no pueda compensar mercedes tantas.

REY

Así, Jimena, os quiero; vos, Alfonso,

llegaos hasta aquí...

VIVERO

¡Siento en el alma
el más vivo placer..! ¡Oh rey magnánimo!
deja que bese el polvo de tus plantas.

(Arrojándose a los pies del REY.)

ÁLVARO

Sed felices esposos: Juan de Luna,
el próximo domingo, que es la Pascua
de la Resurrección, vos en mi nombre
habréis de conducirlos hasta el ara:
quiero arreglar así las diferencias
que entre los dos existen.

JUAN

Dicha tanta
me llena de placer...

(Durante esta escena habrá estado hablando algunas veces con RIVADENEIRA
misteriosamente.)

REY

Así lo creo.

JUAN

(¡Mañana viernes santo! A mi venganza
le sobra tiempo aún.) (Aparte.)

VIVERO

Jimena, hoy vemos
cumplida ya por fin nuestra esperanza.

JIMENA

Sí, Alfonso; oyome Dios.

REY

Vamos ahora
a dar cuenta a la reina, que en su estancia
nos espera tal vez: vosotros, condes,
los testigos seréis; venid.

(Van saliendo por su orden: al hacerlo RIVADENEIRA le detiene DON JUAN, que
habrá permanecido en la escena.)

JUAN
Aguarda.

Escena VIII

DON JUAN. RIVADENEIRA.

JUAN
Ven, Fernando, que mi pecho
necesita desahogarse.
¿Has visto más desgraciado
hombre que yo...? ¿No escuchaste
que el rey quiere que en su nombre
sea padrino en el enlace
de la orgullosa Jimena
con mi rival detestable?
¡Cuál se alegrarán los pérfidos!
De furor mi pecho arde:
¡cómo destroza mi mente
el recuerdo de mi ultraje!

RIVADENEIRA
Fue, señor, temeridad
acudir en aquel lance
a la fuerza.

JUAN
¿Quién creyera
que en momentos semejantes
estuviera en el jardín
oyéndome el miserable?
Bien lejos yo le creía,
Fernando, de aquel paraje.

RIVADENEIRA
¿Pero ello es en fin, señor,
que hubisteis de acuchillarle?

JUAN
Sí, Fernando; ciego yo
de furor y de coraje,
allí mismo de la espada
tiré resuelto a vengarme,

y aunque Alfonso estaba armado,
vertido hubiera su sangre
a no evitarlo Jimena:
dio a gritar, y en el instante
acudió su camarera,
y nos recordó el paraje
en que estábamos; nos dijo
que el rey con algunos grandes
se acercaba, y era cierto:
así me fue indispensable
disimular por entonces
mi furor...

RIVADENEIRA

Lástima grande
fue hallaros en aquel sitio:
¿pero en fin no os aplazasteis
para en momento oportuno
proseguir vuestro combate?

JUAN

No, Fernando; y ahora encuentro
motivos para alegrarme,
pues a tomar con la espada
venganza de aquel ultraje,
mi afrenta se hubiera hecho
más pública, y el desaire
se hubiera entonces doblado:
y no debiera extrañarte
mi comportamiento a ti
que sabes, mejor que nadie,
que es el tema favorito
de que yo siempre hago alarde:
paciencia, y mala intención.
¿Piensas tú que ha de quedarse
impune la ofensa hecha
por un rival miserable
al orgulloso don Juan,
sobrino del condestable,
señor de muchos castillos,
y de villas y lugares?
Si lo has creído, Fernando,
vive Dios que te engañaste:
porque está ya bien probado
que el que desea vengarse,
si quiere que no le salgan

fallidos nunca sus planes
debe con pies de tortuga
dar los pasos; bien lo sabes.

RIVADENEIRA

Me convencéis; y además,
fuera mengua que en la sangre
del traidor Pérez Vivero
vuestro acero se manchase.

Una intriga cortesana
más airoso de este lance
pudiera sacaros: ahora
ocasiones favorables
mejor que nunca tenéis.

JUAN

Bien lo sé: tú adivinaste
mi pensamiento: se encuentran
cabalmente en este instante
los negocios de mi tío
don Álvaro, el condestable,
mejor que jamás pudieran
para servir a mis planes;
pues aunque en verdad menguando
va su poder, aún bastante
tiene para no sufrir
que quiera menoscabársele
Alfonso, que fue su hechura,
en la más mínima parte.
Mas para llevar a cabo
cualquier cosa que intentase,
he menester el apoyo
de algún otro, que ayudarme
quisiera...

RIVADENEIRA

Señor, me acuerdo
de mi infancia y de mis padres;
me acuerdo que nací pobre
y de plebeyo linaje;
que no pude prometerme
pisar jamás los umbrales
de palacio; pero vos
vuestra mano me alargasteis,
y a pesar de estar tan bajo
pude hasta vos elevarme.

JUAN

¿Y para qué esos recuerdos
a la memoria me traes?

RIVADENEIRA

Para deciros con ellos
que jamás podré olvidarme
de los favores que os debo;
para haceros ver que sabe
ser Fernando agradecido,
como ahora mismo si os place
puede probároslo.

JUAN

Admito
con placer el homenaje
que tu gratitud me rinde:
sí, Fernando, confiarme
quiero en un todo de ti.

RIVADENEIRA

Pues bien, señor, escuchadme
ahora aquí mismo podemos,
sin que nos perturbe nadie,
examinar bien los medios
y forjar todos los planes
para el logro de una idea
que me ocurre en este instante:
me habéis dicho que don Álvaro
tiene poder aún bastante
para sentir que cualquiera
pretenda de él despojarle.
¿Conocéis al confesor
de doña Jimena...?

JUAN

¿Un fraile
dominico?

RIVADENEIRA

Sí; en palacio
sé que se halla en este instante.

JUAN

¿Y eso qué importa?

RIVADENEIRA

¿Qué importa?
mucho, si queréis fiarme
el plan de vuestra venganza.

JUAN

¿Y qué ha de hacer el buen padre
para...

RIVADENEIRA

Puede hacerlo todo,
si metiéndole en el lance
se le ofrece un buen partido,
y ofrecer ya veis que es fácil.
¿No es mañana viernes santo?

JUAN

Sí.

RIVADENEIRA

¿Y no sabéis que el rey sale
a visitar las iglesias?

JUAN

Es su costumbre: adelante.

RIVADENEIRA

¿Irá a la iglesia mayor?

JUAN

De seguro.

RIVADENEIRA

Pues el padre
de quien íbamos hablando,
no quisiera equivocarme,
predica mañana en ella.

JUAN

Explícate mas...

RIVADENEIRA

Dejadme,
que presto lo sabréis todo:
ahora vamos a otra parte.

¿Deseáis vos que la Corte
deje el señor condestable?

JUAN

Sí, Fernando; y de tal modo,
que a ello quisiera obligarle
por cualquier medio; pues veo
que un sin número de males
amenazan su cabeza,
y no han de poder librarle
ni la astucia ni el valor
en esta ocasión como antes.
Por más que así se lo digo
son mis consejos en balde;
y es lo más malo del caso
que en su ruina a sus parciales
ha de envolver de seguro.

RIVADENEIRA

Pues si queréis que se salve
huyendo con tiempo, puede
conseguirlo el mismo padre.

JUAN

El tal hombre es un antídoto,
que cura todos los males.
Vive Dios que me confundes:
vas a decirme qué enlace
tiene esto con lo primero.

RIVADENEIRA

Las dos cosas puede el fraile
hacer a la vez...

JUAN

No entiendo.

RIVADENEIRA

Y además el condestable
os vengará por sí propio
sin saberlo...

JUAN

¿Tú burlarte
piensas acaso...? ¡Por Cristo!
(Echando mano a la espada.)

RIVADENEIRA

¡Don Juan, yo con vos burlarme!
no me conocéis; se trata
de vengaros: ha un instante
que me disteis para ello
todas vuestras facultades;
yo con mi cuello os respondo
que está en manos de ese fraile
hacer todo cuanto he dicho.
Aquí un momento esperadme;
voy por él, y estando juntos
aquí los tres será fácil
a vos, señor, entenderme,
y a mí, don Juan, explicarme.
Pero es preciso el sigilo:
sobre todo, el condestable
es el que más nos conviene
que esté del caso ignorante.

JUAN

Cada vez te entiendo menos:
¿no dices que ha de obligarle
el fraile a dejar la Corte?

RIVADENEIRA

Sí, le obligaré a marcharse,
y os juro que ha de alcanzarlo
sin necesidad de hablarle.

JUAN

Me llenas de confusiones:
vete pues...

RIVADENEIRA

Vuelvo al instante.
(¡La sima que ha de tragaros,
imbécil, tú mismo la abres!) (Aparte.)

Escena IX

DON JUAN: permanece en silencio algunos instantes.

JUAN

¡Cómo en mi mente bullir
siento, pérfida Jimena,
ese recuerdo que llena
de amarguras mi existir.
Imposible es resistir,
sin que estalle, este tormento
que dentro del alma siento:
pero ¡ah! Tengo la esperanza
del placer de la venganza,
y ya se acerca el momento.
En hora menguada aquí
trajo a Vivero tu suerte
para perderse y perderte:
en hora menguada, sí.
¡Oh! ¡Me ciega el frenesí
recordando su desdén...!
¡Siento abrasarse mi sien...!
(Mirando con inquietud por el fondo.)
Mas ya se acercan los dos...

Escena X

DON JUAN. RIVADENEIRA. EI RELIGIOSO.

RELIGIOSO

El señor sea con vos
por siempre jamás...

JUAN

Amén.

RIVADENEIRA

Mi comisión he cumplido;
ya tenemos aquí al padre.

JUAN

Como tu intento nos cuadre
del paso habemos salido.

RIVADENEIRA

(Escuchando como con temor.)
Parece que se oye ruido...
¿No sentís vos?

JUAN
Sí, es verdad.

RELIGIOSO
Venid; con más libertad
en otra parte estaremos:
en mi convento podemos
hablar seguros...

JUAN
Guiad.

(Vanse los tres por el foro misteriosamente.)

ACTO TERCERO

Vista exterior de la iglesia mayor de Burgos. A un lado, en el foro, puertas grandes que dan entrada al templo: al empezarse el acto habrá un solo postigo abierto en ellas, por donde entrará y saldrá la gente, que de vez en cuando cruzará la escena por el fondo.

Escena I

HARO. PLASENCIA.

HARO
El sermón ya habrá empezado,
y el rey estará en la iglesia:
ya salen algunas gentes.

PLASENCIA
Unas salen y otras entran:
sobra tiempo para todo.

HARO
Vos no tenéis mucha priesa
según parece...

PLASENCIA
No, conde.

HARO

Ni el sermón os interesa
mucho tampoco.

PLASENCIA

Sí a fe:
mas no es justo que me duerma
cuando traigo entre las manos
negocios de consecuencia.

HARO

Mirad, por Dios, lo que habláis.

PLASENCIA

¿No habéis visto esta cuaresma
que lindamente he dormido
en varios templos la siesta?

HARO

Estáis de burlas, el conde.

PLASENCIA

No estoy sino muy de veras.
¿Qué queréis? Tal es mi genio:
os lo digo con franqueza,
me cansan, no me edifican
esas pláticas eternas.

HARO

Estoy pasmado de oíros:
tenéis ancha la conciencia
por demás.

PLASENCIA

¿Quién no la tiene
en circunstancias como éstas?

HARO

¿Habéis hoy perdido el juicio?
Me gusta la consecuencia.
¿Con qué porque se halle el reino
combatido por opuestas
ambiciones, será bien
que los fieles no lo sean?
¡Por Dios, conde! Que los moros
otro tanto no dijeran.
Cuidad cuando habléis conmigo

de refrenar vuestra lengua
antes de tomar por juego
casas para mí tan serias.

PLASENCIA

¿Es decir que hay dos sermones,
el de adentro y el de afuera,
y vos predicáis el uno?
¡Buen modo de que por fuerza
hoy con pláticas cristianas
me calienten las orejas!
Deciros, conde, pensaba
cosas que a los dos de cerca
nos tocan, pero ya no:
vos veréis las consecuencias,
y esto bastará. ¿Sabéis
que acaso en breve su alteza
se entregue completamente
en manos de la nobleza?
Os juro, el de Haro, que hoy mismo
resuelto estará el problema
que ha de hundirnos para siempre,
o darnos sobrada fuerza
para acabar con don Álvaro.

HARO

Óigaos Dios, el de Plasencia.

PLASENCIA

¿Conocéis de Luna al paje?

HARO

Fernando Rivadeneira
se llama.

PLASENCIA

Está a mi servicio;
he halagado su soberbia,
y él nos lo dará hecho todo.

HARO

Mirad, conde, no se vuelva
contra nosotros el lazo
que al condestable se tienda,
según él nos lo predijo.

(Óyese griterío dentro del templo.)

Mas ¿no sentís en la iglesia
un rumor confuso?

PLASENCIA

Sí;
es la plebe que vocea.

HARO

Pues no hay para qué dormirnos
cuando la plebe se altera:
bien sabéis que el condestable
a su devoción la cuenta.

PLASENCIA

No temáis, conde de Haro,
que por esta vez es nuestra:
ahora será bien que entremos.

HARO

Vamos, conde de Plasencia.

(Entran en la iglesia. La escena permanece muda algunos momentos: vuelve a oírse griterío, y salen embozados en largas capas los interlocutores de la escena siguiente.)

Escena II

DON ÁLVARO. DON JUAN. RIVADENEIRA.

ÁLVARO

No puedo tolerar más.

JUAN

¡Qué atrevimiento...! ¡Por Cristo!
¿En qué parte se habrá visto
otra igual cosa jamás?

RIVADENEIRA

¡Quién pudiera ¡oh Dios! creer
que en un tan solemne día
esa infame villanía
se pudiera cometer!

ÁLVARO

¡Hablar en mi vituperio
sobre el púlpito elevado!

JUAN

¡Qué fraile tan descarado!

RIVADENEIRA

¡Qué abusar del ministerio!

ÁLVARO

¿Nos han conocido?

JUAN

No.

ÁLVARO

¡Ah! La cólera que abrigo
ha de acabar hoy conmigo
si con él no acabo yo.

JUAN

Pudo al pueblo conmover:
yo temo en verdad por vos.

RIVADENEIRA

Hablaba en nombre de Dios,
y le hubieron de creer.

JUAN

Cerca está la fortaleza;
pongámonos en seguro.

ÁLVARO

¡Infame...! Por Dios le juro
que ha de perder la cabeza.

(Vuelve a oírse rumor en la iglesia.)

JUAN

El pueblo dentro se agita.

ÁLVARO

No me da el pueblo cuidado:
por dar voces le han papado,

y no sabe lo que grita.

JUAN

Pero puede la grandeza
en saliendo del sermón
aprovechar la ocasión,
y hacer alguna vileza.

ÁLVARO

Decid... ¿Podéis sospechar
quién al fraile habrá inducido
a intentar el atrevido
paso que acaba de dar?

JUAN

Es por cierto muy extraño
que no conozcáis aún
al enemigo común
que se emplea en nuestro daño.
Puedo daros pruebas hartas
que os revelarán al punto
al que dirige ese asunto.

ÁLVARO

¿Qué pruebas son?

JUAN

Unas cartas.

ÁLVARO

¿Y por qué no has revelado
con tiempo el inicuo plan?

JUAN

Las cartas os lo dirán,
que son las que lo han callado.

ÁLVARO

¿Y de quién son?

JUAN

De una dama.

ÁLVARO

¿De palacio?

JUAN

Sí señor.

Escribe a su confesor,
y habla en ellas de una trama
que se fragua contra vos,
pero sin decir cuál sea.

ÁLVARO

Juan, que al punto yo la vea:
tiemblen mis iras las dos.

JUAN

Hay además un tercero.

ÁLVARO

Lo presumo: el de Plasencia.

JUAN

No.

ÁLVARO

¿Pues quién?

JUAN

Tened paciencia.

ÁLVARO

Dilo al instante.

JUAN

Vivero.

ÁLVARO

¡Vivero! ¿Es posible? No;
fue siempre de mi partido.

JUAN

Él es el que os ha vendido,
él al fraile sobornó.
¿La causa de su embajada
no presumís?

ÁLVARO

¡Por mi vida!
Me estás abriendo una herida
que tenía ya cerrada.

¡Don Enrique...! Sí, bien sé
que estuvo siempre en mi daño:
ahora conozco el amaño,
pero yo le vengaré.

JUAN
¿Y os dejarán tiempo?

ÁLVARO
Sí,
que será esta noche mismo,
o me ha de hundir el abismo.

JUAN
Podéis serviros de mí.

ÁLVARO
De mi parte has de llamar
a Vivero, y en mi torre
veremos quién le socorre.
Pero es preciso ocultar
que su traición conocemos,
para salir bien del paso.
¡Ah! De cólera me abraso.

JUAN
Será bien que nos marchemos.

(Agitación en el templo.)

¿No oís...? La plebe alterada
vuelve otra vez a la grita.

ÁLVARO
¡Por Santiago!

(Desembozándose y sacando la espada: quiere dirigirse hacia la iglesia, y DON JUAN le
contiene.)

JUAN
¿Qué hacéis?

ÁLVARO
Quita.
son dignos de que mi espada
haga pedazos su lengua.

(Ábrense repentinamente las puertas del templo, y sale de él un tropel de gente que cruza la escena gritando: «¡muera el CONDESTABLE!».)

JUAN

Por Dios, señor, que ya abiertas
están del templo las puertas,
y va a ser en vuestra mengua
si sobre vos carga gente
y desarmarnos consigue:
ya veis que el alarma sigue,
va siendo el riesgo inminente.

ÁLVARO

¿Y he de callar...? ¿Y el acero
he de esconder...? ¡Eso no!
¿Ignoras tal vez que yo
puedo más que el pueblo entero?

JUAN

Pero el conde de Plasencia
trajo ayer bastante gente.

ÁLVARO

¿Qué importa?

JUAN

Fuera imprudente
tratar de hacer resistencia;
y ya que esto no os obligue,
ved si a obligaros alcanza
el que acaso la venganza
se nos frustre...

ÁLVARO

(Envainando la espada.)
Eso consigue
hacerme prudente...

JUAN

Vamos,
la gente ya va saliendo.

ÁLVARO

En tus manos me encomiendo.

JUAN

Pues entonces ¿qué aguardamos?

Escena III

EL REY. VIVERO. HARO. PLASENCIA. RICOS-HOMBRES. SOLDADOS. PUEBLO.
Detrás del REY y su acompañamiento, sale una multitud de gente, y se coloca en el fondo con grande agitación.

PLASENCIA

No hay, señor, hombre en el mundo
de ambición más insaciable.

VOCES

¡Muera, muera el condestable,
y viva don Juan Segundo!

REY

Esa turba despejad,
que atrevida se desmanda,
decidla que el rey lo manda,
que cumplan mi voluntad.

(Los soldados dispersan al pueblo, que se retira alborotado.)

PLASENCIA

Ése no es el mejor medio
de hacer callar a la plebe
que en su entusiasmo se atreve
a demandar el remedio
que a sus males esté bien.

REY

¿Y habremos de hacer su gusto?

PLASENCIA

Sí, hacerlo, señor, es justo...

REY

Tened, que vos sois también
contra mí: vos encendiendo
acaso estáis las pasiones.
¿Son esos vuestros blasones?
Ya os voy, conde, comprendiendo.

PLASENCIA

Después de tan largos años
como Castilla ha sufrido
los caprichos de un valido
que la causa tantos daños,
¿es acaso contra ley
el que ahora que al cielo plugo,
quiera sacudir el yugo
que oprime a su mismo rey?
Quieren ser vuestros vasallos,
no esclavos del condestable,
¡y mandáis inexorable
con las armas dispersallos!
¿Si con los fieles usáis
severo tantos rigores,
para súbditos traidores
que castigos reserváis?
Del letargo despertad
en que os halláis sumergido:
vasallo fiel, yo os lo pido
hoy por el pueblo...

REY

Callad,
que harto tiempo os escuché.
Si así por diversos modos
me estáis engañando todos,
¿a quién crédito daré?
Me habláis siempre de la paz,
y con bandos y con guerras
mancháis de sangre mis tierras,
y usurpáis mi autoridad.
Imprudentes y villanos
sólo mandar ambicionan,
y de rebeldes blasonan
mis pérfidos cortesanos.
¿No os es el mando importuno?
Si mi poder lo alcanzara,
vive Dios que os castigara
dando un reino a cada uno.
¡Oh! Para eterna mancilla
del triste rey que la abona
¡cuán pesada es la corona
de los reinos de Castilla!
El cetro seca mis manos,

el regio manto me abruma:
vosotros lo sois en suma
todo, pues sois mis tiranos.
Vivero, quiero de vos
esta vez aconsejarme:
mirad si podéis mostrarme
el buen sendero, por Dios.

VIVERO

Yo al fraile preguntaría
por qué contra el condestable
ha dado el paso culpable.

REY

Tienes razón, a fe mía.

VIVERO

Y la pena le aplicara,
para perpetuo escarmiento,
debida a su atrevimiento;
y a confesar le obligara
los cómplices.

REY

Sí; Plasencia.

PLASENCIA

Soy todo vuestro, señor.

REY

Buscad al predicador,
y llevadle a mi presencia.

Escena IV

PLASENCIA.

PLASENCIA

El buen Alfonso Vivero
se equivoca, vive Dios,
si espera que el rey castigue
al fraile que predicó:
no conoce a Juan Segundo
como le conozco yo.

No hay remedio, de esta vez
para siempre se eclipsó
la luna que deslumbraba
con su vivo resplandor.

(Éntrase en la iglesia.)

Escena V

DON JUAN. RIVADENEIRA.

JUAN

Ya, Fernando, el condestable
su sentencia fulminó:
sentencia de muerte, horrible,
que no tendrá apelación.

RIVADENEIRA

¿Es decir, que cual quisisteis
nuestra empresa nos salió?

JUAN

Habrás visto en el alcázar
de mi tío un torreón
elevadísimo...

RIVADENEIRA

Sí;
tiene al sur un corredor
que está amenazando ruina.

JUAN

Pues después de la oración
allí se hará el sacrificio.

RIVADENEIRA

¿Y quién lleva al contador
a la torre?

JUAN

Eso es muy fácil,
pues como ignora el rencor
del condestable, al instante
que éste le llame, creo yo

que no tendrá inconveniente
en presentarse.

(PLASENCIA y el RELIGIOSO salen de la iglesia, y atraviesan pausadamente la escena por el fondo.)

RIVADENEIRA
Chitón,
que sale allí el de Plasencia.

JUAN
Y el padre predicador
viene con él; será bueno
que le pongan en prisión
y descubra nuestro enredo.

RIVADENEIRA
Desechad ese temor:
el rey respetará en él
a un ministro del Señor.

JUAN
Lo que yo sé es que en la iglesia
señales con el bastón
le hizo el rey asaz airado
por las palabras que oyó
para que dejase el púlpito.

RIVADENEIRA
¿Y acaso le obedeció
nuestro buen fraile? Bien visteis
que él su plática siguió
hasta que el pueblo agitado
dio muestras de conmoción.
Además, tiene el apoyo
de tanto hidalgo de pro,
a quien ha favorecido
con su singular sermón.

JUAN
En el palacio han entrado.

(Mirando hacia el lado por donde entró PLASENCIA con el RELIGIOSO.)

RIVADENEIRA
Pues digo, tanto mejor.

¿No habéis visto cómo el conde
le ha dispensado el honor
de dejarle entrar primero?
Ya veis que esa distinción...

JUAN

Esa distinción, es cierto,
habla mucho en su favor:
dices muy bien.-Esta noche,
que hará ir a su mansión
el condestable a Vivero,
quisiera, Fernando, yo
llevar también a Jimena.

RIVADENEIRA

Lindo capricho por Dios.

JUAN

Sí, quiero ver cómo se hablan
allí esta noche los dos:
quiero gozar contemplando
cual hiere su corazón,
antes de que Alfonso entregue
para siempre su alma a Dios,
entre el ansia de la muerte
las protestas de su amor;
y creo no sea difícil
conseguirlo.

RIVADENEIRA

¿Por qué no?

JUAN

(Enseñándole una carta, que examina

FERNANDO.)

Mira esta carta: está escrita
por la mano que forjó
las otras que el condestable
de Alfonso Pérez creyó:
el carácter es el mismo;
la rúbrica pienso yo
que a verla el mismo Vivero
creyera que él la formó.

RIVADENEIRA

Es idéntica en efecto:
¿y cuál es vuestra intención?

JUAN

¿Viste a Jimena en la iglesia
mientras duraba el sermón?

RIVADENEIRA

La vi; por cierto que estaba
tan bella, que la atención
de todos los ricos-hombres
y las damas se llevó.
Postrada ante el monumento,
murmurando una oración,
más que mujer parecía
un arcángel del Señor.

JUAN

¿Qué apostamos a que ahora
vas a tener compasión?

RIVADENEIRA

Son efectos de la vista
que no siente el corazón.

JUAN

¿Y sabes si entre el tumulto
del templo acaso salió?

RIVADENEIRA

Cuando nosotros lo hicimos
ella en el templo quedó;
mas era pronto: con todo,
como al instante estalló
el furor del populacho,
es posible que el temor
la haya hecho permanecer
en la iglesia.

JUAN

¿Habrá ocasión
de darla esta carta en nombre
de Vivero?

RIVADENEIRA

Sí señor.

JUAN

¿Pero de suerte que ella
se quede en la persuasión
de que fue Alfonso y no otro
el mismo que la escribió?

RIVADENEIRA

Dejad eso a mi cuidado:
cabalmente viendo estoy
al criado de Vivero,

(Habrá un pequeño grupo de hombres en la puerta de la iglesia, y CHACÓN estará entre ellos.)

que está puesto de plantón
a la puerta de la iglesia
con otros varios.

JUAN

Pues yo
me marchó, y lo dejo todo,
Fernando, a tu discreción.

RIVADENEIRA

Los dos irán esta noche,
o no he de ser yo quien soy.

JUAN

Cuenta con la recompensa:
hasta después.

RIVADENEIRA

Id con Dios.

Escena VI

RIVADENEIRA. Después CHACÓN.

RIVADENEIRA

¿Quieres pagarme con oro
mis servicios...? ¡Luna, no!
No es oro lo que ahora anhela
mi ambicioso corazón.

Te serviré; sí, esta noche
tendrás, Luna, allí a los dos:
saciarás de tu venganza
el ominoso furor,
mas no sabes que esto labra,
imbécil, tu perdición;
no sabes que con tu ruina
pretendo elevarme yo.

(Se dirige al grupo que hay en la puerta de la iglesia.)

Hola, Chacón.

CHACÓN
¿Quién me llama?

RIVADENEIRA
Yo.

CHACÓN
Señor, ¿qué me queréis?

RIVADENEIRA
Poca cosa: que entreguéis
este papel a una dama.

CHACÓN
¿Qué ganará el portador
de esas amorosas nuevas?

RIVADENEIRA
Como tú a hacerlo te atrevas
tendrás el premio mayor
que pueda obtener tu encargo.

CHACÓN
¿Y cuánto será?

RIVADENEIRA
Di tú.

CHACÓN
Decid vos, por Belcebú;
mas cuidado de echar por largo.

RIVADENEIRA

Toma este bolsillo.

(Presentándole un bolsillo: CHACÓN le toma, le sompesa, y después le examina por dentro.)

CHACÓN

Pesa

que es un gozo el tal bolsillo.

¡Pardiez...! Metal amarillo

tiene dentro: me interesa

vuestro asunto: idme diciendo;

yo prometo seros fiel.

RIVADENEIRA

Entregarás el papel

a doña Jimena...

CHACÓN

Entiendo.

RIVADENEIRA

Pero en nombre de Vivero

tienes la carta que dar.

CHACÓN

(Alargándole el bolsillo.)

Si le ha de perjudicar

os vuelvo vuestro dinero.

RIVADENEIRA

¿Perjudicarle...? No, tonto:

antes es en su provecho.

CHACÓN

Siendo así, negocio hecho:

dadme el papel;

(Le da RIVADENEIRA la carta.)

estoy pronto.

En la iglesia cabalmente

doña Jimena se halla:

miradla, ya sale...

RIVADENEIRA

Calla:

que no nos vea la gente.

(Se retiran a un lado, y hablan aparte.)

Escena VII

DOÑA JIMENA. LAURA. Un PAJE. RIVADENEIRA. CHACÓN. Poco después HARO y PLASENCIA.

JIMENA

Vamos, Laura; ya el tumulto
parece que se aplacó:
ya no hay temer, creo yo,
del pueblo ningún insulto.

LAURA

Se ha lucido en el sermón
vuestro confesor, señora.

JIMENA

Deja ese recuerdo ahora,
que me hiere el corazón.
¿Has visto a Vivero?

LAURA

Sí;
salió con el rey del templo.
Mirad a Chacón: contemplo
que se dirige hacia aquí.

(CHACÓN se aparta de RIVADENEIRA: éste se queda en el foro en el foro hablando en secreto con HARO y PLASENCIA, que llegan en seguida.)

JIMENA

Laura, no nos detengamos,
que si mi vista no miente
se va reuniendo gente
hacia aquella parte.

LAURA

Vamos;
mas nada hay que temer ya.

JIMENA

No importa.

CHACÓN
Señora mía,
en vuestra busca me envía
mi amo el contador, que está
entretenido en palacio
con el rey: allí me ha dado
en secreto este recado
para vos.

JIMENA
Habla despacio.

CHACÓN
Tomad.

(Entregando la carta a DOÑA JIMENA.)

También me encargó
que de palabra os dijera,
que allí donde él os espera
puedo acompañaros yo.

JIMENA
¡Una carta...! Es muy extraño:
no sé, Laura, qué pensar.
Ven, Chacón.

CHACÓN
Podéis mandar.
(Pues señor, coló el engaño.) (Aparte.)

Escena VIII

HARO. PLASENCIA. RIVADENEIRA.

RIVADENEIRA
Muerto Vivero, don Álvaro
muere de cierto también.

PLASENCIA
Ya lo oís, Haro: esta noche
asegurado veréis

nuestro triunfo.

HARO

A tanta costa
prefiero, Plasencia, ver
en la cumbre al condestable
de su ominoso poder.

PLASENCIA

Eso jamás, conde de Haro,
que he jurado por mi fe
acabar con el valido,
o en la empresa perecer.

RIVADENEIRA

¿Con que el fraile estuvo firme?

PLASENCIA

Como una roca.

RIVADENEIRA

Muy bien.

PLASENCIA

Singular en sus descargos,
y entero y gracioso fue:
dijo que estaba inspirado
del cielo, y su proceder
disculpó de esa manera;
Vivero quiso con él
altercar, pero el buen padre
sus cargos desvanecer
supo con pocas palabras...

HARO

Y con sobrada altivez.

PLASENCIA

Esa entereza ha causado
trastorno tal en el rey,
que para esta misma noche
me ha mandado disponer
la gente de armas que traje,
sin duda para prender
al condestable.

RIVADENEIRA

¿Y pensáis
esa empresa acometer
con tiempo, para evitar
la catástrofe?

PLASENCIA

No sé;
porque el contador ahora
tiene influjo con el rey,
y si morir le dejamos
luego nos pese tal vez.

RIVADENEIRA

Todo al contrario, su muerte
en pos de sí ha de traer
la de don Álvaro.

HARO

Basta:
yo nunca consentiré
el bárbaro sacrificio
de un inocente.

PLASENCIA

¡Pardiez!
Hacéis muy mal cortesano,
conde de Haro.

HARO

Bien lo sé,
mas poco importa; deseo
acabar con el poder
del orgulloso don Álvaro,
porque en ello el interés
cifro yo de todo el reino;
pero si hemos menester
para alcanzarlo, apelar
a tales medios, podéis
dejar de contar desde ahora
con mis servicios...

PLASENCIA

Muy bien:
no esperé yo nunca, conde,
menos de vuesa merced.
Pero decidme, el de Haro,

¿acaso preferiréis
por salvar la vida a un hombre
sacrificar las de cien?
¿Ignoráis que el condestable
ha sido más de una vez
desterrado de la Corte,
y que ha venido después
más orgulloso que nunca
a insultar con su poder
a la nobleza, y al reino
todo entero...? ¿Olvidaréis
el influjo que aún ejerce
sobre el ánimo del rey?
Es preciso que no salga
de Burgos; es menester
ponerle el hierro en la mano,
y dejarle cometer
ese crimen...

HARO

No, jamás.

PLASENCIA

Al fin os convenceréis.

HARO

Pienso que no.

PLASENCIA

Discurrid

que si en vez de ir a prender
yo al condestable, doy parte
de sus intentos al rey,
y hago que vaya conmigo
donde pueda sorprender
al asesino, es seguro
que la segur de la ley
caerá sobre su cabeza.

HARO

Puede lograrse también
eso mismo, antes que el crimen
llegue a consumarse.

PLASENCIA

Y bien,

si el crimen no se consuma
¿no es harto fácil que el rey
se contente con echarle
de su Corte...? Vos queréis
hacer las cosas a medias.

HARO

Y vos, conde, pretendéis
cosas, que sólo en pensarlas
mil agravios nos hacéis.

PLASENCIA

La salud de los estados
fue siempre suprema ley
en todas partes.

HARO

Es cierto;
pero también la honradez
entre nobles castellanos
fue siempre el primer deber.

PLASENCIA

Tiempo tenemos sobrado
todavía para ver
lo que mejor nos conviene:
vuelvo a palacio.

HARO

También
allá voy yo.

PLASENCIA

Iremos juntos.

HARO

Sí, conde, como gustéis.

PLASENCIA

Hasta la noche, Fernando.

RIVADENEIRA

Mirad, señor, lo que hacéis.

(Vanse; los CONDES, por un lado, RIVADENEIRA por otro.)

ACTO CUARTO

El teatro representa el interior de una torre ruinoso y desmantelada en el alcázar del CONDESTABLE. La escena estará dividida por tres grandes arcos góticos: en el fondo habrá un balconcillo por donde se verá el resplandor de la luna. A los dos lados del primer término dos puertas también de gusto gótico. La escena estará escasamente iluminada por la sola luz de una lámpara: el interior casi a oscuras. Tres asientos estropeados.

Escena I

DON JUAN. RIVADENEIRA. Después cuatro hombres armados completamente.

RIVADENEIRA

Está la noche serena:
ved cómo brilla la luna.

JUAN

Sí, mas su luz importuna
da de lleno en esa almena.

RIVADENEIRA

¿Tenéis por eso temor
de que pueda ver la gente
la maniobra desde el puente
a través del resplandor?
¿No sabéis de noche el miedo
que al pueblo inspira esta torre,
pensando que la recorre
la hechicera de Toledo?
Si pasa alguno, se asombra
y pide a Dios protección,
como vea en el torreón
nuestros bultos o su sombra.
Más que dañarnos la luz
nuestro intento favorece.

JUAN

Por más que tú digas, crece
en mi pecho la inquietud.

RIVADENEIRA

¿Tembláis, señor?

JUAN

Tiemblo, sí:
penetra mi cuerpo un frío...

RIVADENEIRA

Son los vapores del río
que se elevan hasta aquí,
y entran por ese balcón.

JUAN

¿Vendrá Jimena?

RIVADENEIRA

Vendrá.

JUAN

¿Y quién la acompañará?

RIVADENEIRA

Ninguno más que Chacón.
¿Y Alfonso?

JUAN

Aún no le han llamado,
pero cerca está palacio.

RIVADENEIRA

Malo es andar tan despacio:
pudiera haberse ausentado.

JUAN

Quiero yo que la orden dé
el condestable mi tío,
no diga que su albedrío
mal de su grado forcé.
Antes que venga Vivero
hay algo que ejecutar.

RIVADENEIRA

Podéis desde ahora mandar.

JUAN

Llama a la gente primero.

(RIVADENEIRA llega hasta los arcos, hace una seña, y salen por el fondo los cuatro hombres armados.)

¿Son cuatro?

RIVADENEIRA

Cuatro, y armados
de broquel, daga y puñal:
a la primera seña
vos los veréis arrojados,
aunque mil vidas perdieran,
vuestras órdenes cumplir.

JUAN

Él no osará resistir.

RIVADENEIRA

¿Y sus esfuerzos pudieran,
aunque tal vez lo intentara,
conseguir algo?

JUAN

No a fe;
pero es valiente.

RIVADENEIRA

Lo sé.

JUAN

Nunca al riesgo volvió cara.

RIVADENEIRA

Para atajar la fiereza
de cualquier hombre arriesgado
el puñal que viene al lado,

(DON JUAN le enseña el puñal que lleva en la cintura: RIVADENEIRA le examina y se le devuelve.)

¡pardiez! Es soberbia pieza.

JUAN

Dos pulgadas tiene de ancha
la hoja; el puño es de oro,
preciada joya de un moro.

RIVADENEIRA

Será lástima si mancha
tanta riqueza Vivero
con su vil sangre; Jimena
ya es más digna de la estrena
de su bien templado acero.

JUAN

Tú vienes a la ligera.

RIVADENEIRA

Sólo sirvo para intrigas.

JUAN

Basta con que tú lo digas.

RIVADENEIRA

Mirad que la gente espera.

JUAN

Con ellos al corredor
llégate, y de mi orden manda
desenclavar la baranda
para aparentar mejor
que fue casual la caída:
después que esté desclavada
la dejáis bien colocada,
pero apenas sostenida.

RIVADENEIRA

Entiendo; que a poco impulso
vaya a estrellarse alla abajo.

JUAN

Costará poco trabajo,
pero hay que andarse con pulso.

RIVADENEIRA

Vamos, muchachos; aquí.

(Éntranse RIVADENEIRA y los cuatro hombres por los arcos, y forcejean para arrancar la baranda del balcón, como lo indican los versos.)

¡Fortun! Arranca ese clavo.
¡Pardiez! La frescura alabo;
¿qué haces tú parado ahí?

Con el cuento de esa lanza
haz fuerza por allí tú:
no aflojes, por Belcebú.
¿Quién de vosotros alcanza
aquel hierro?

Escena II

Dichos. DON ÁLVARO, que entra por una de las puertas laterales.

ÁLVARO
(A DON JUAN.)
¿Qué rumor
es ése...? ¿Qué estáis haciendo?

JUAN
Vuestras órdenes cumpliendo
desclavando el corredor.

ÁLVARO
Manda al punto que lo dejen.

JUAN
Me sorprendéis... ¿Y por qué?

ÁLVARO
A solas te lo diré. (Sentándose.)

JUAN
Voy a mandar que despejen.
¡Fernando!

(Llamando: llega RIVADENEIRA, y hablan algo separados del CONDESTABLE.)

RIVADENEIRA
¿Qué me mandáis?

JUAN
Saca esa gente de aquí.

RIVADENEIRA
¿Y dejaremos así
el corredor? ¿No miráis
que está ya casi arrancada

la baranda de su quicio?

JUAN

Yo aprecio vuestro servicio,
pero la orden está dada:
el condestable lo ordena.

RIVADENEIRA

¡He! Suspended el trabajo.

JUAN

Esperad todos abajo
hasta que venga Jimena.

(Acercándose a DON ÁLVARO, que estará como pensativo.)

Señor, ¿se llama a Vivero?

ÁLVARO

Ese paso está ya dado:
vendrá al instante.

JUAN

(Aparte a RIVADENEIRA.)
¡Cuidado!
Ya lo oyes.

RIVADENEIRA

Abajo espero.

JUAN

Confío en tu diligencia.

RIVADENEIRA

Ya me lo diréis mañana.

JUAN

La mano.

RIVADENEIRA

De buena gana.

(Se dan las manos: RIVADENEIRA recita aparte el último verso después de haberse separado de DON JUAN.)

(Avisaré al de Plasencia.)

Escena III

DON ÁLVARO. DON JUAN. Sentados.

ÁLVARO

No hay ya tiempo que perder;
siéntate un rato a mi lado,
te diré por qué he mandado
el trabajo suspender.
Después del amanecer
van a venir a prenderme.

JUAN

Pensarán que el león duerme
a esa hora desprevenido.

ÁLVARO

Ya les dirá su rugido
que no te encuentran inerme.

JUAN

Todo lo vais a arriesgar
como intentéis defenderos.

ÁLVARO

¿Pues qué tantos desafueros
mi espada no ha de vengar?

JUAN

Dad al discurso lugar;
mirad que no tenéis gente.

ÁLVARO

Jamás habla así un valiente.

JUAN

Temeridad no es valor.

ÁLVARO

¿Y será acaso mejor
que al yugo rinda mi frente?
Si fue propicia mi estrella,
contra infanzones perversos,

en mil encuentros diversos,
¿por qué no entregarme a ella?

JUAN

Vuestra confianza es bella,
mas no fundada en razón:
mirad que en esta ocasión,
aunque os asista la ley,
tenéis contra vos al rey;
no os engañe el corazón.
En Medina y en Olmedo
trunfasteis, es verdad, vos,
pero entonces erais dos.

ÁLVARO

¿Y fue el rey o mi desnudo
el que impuso grima y miedo
a los altivos contrarios?

JUAN

Ahora los tiempos son varios.

ÁLVARO

Pero mi brazo es el mismo.

JUAN

Abriendo están vuestro abismo
esos votos temerarios.
Escuchadme, señor: yo
os profesé desde niño
una afición, un cariño
cual ninguno os profesó;
al par que mi edad creció,
crecieron mis simpatías:
vuestros más felices días
son mis más dulces memorias,
bien sabéis que vuestras glorias
han sido siempre las mías.
Tomad, tomad mi consejo,
y dejad vuestro valor
para otra ocasión mejor:
por mi vida os lo aconsejo.
Mañana cuando el reflejo
del sol nos venga a alumbrar,
lejos debemos estar
de Burgos algunas leguas.

ÁLVARO

¿Y acaso nos darán treguas?

JUAN

De sobra: voy a acabar.

Fuera de aquí, con sosiego
llamaremos vuestra gente,
que ahora se encuentra ausente:
con ella ostentaréis luego
de vuestra bravura el fuego
y la indomable pujanza;
y entonces habrá esperanza
de que podáis dar la ley
a la nobleza y al rey
con la punta de la lanza.

ÁLVARO

Si venganza has olvidado.

JUAN

¿No esperamos a Vivero?

ÁLVARO

Es que además también quiero
quedar del fraile vengado.

JUAN

Dejad eso a mi cuidado.

ÁLVARO

Me entrego en un todo a ti.

JUAN

En la escalera sentí
cierto rumor, viene gente.

ÁLVARO

Será Vivero: impaciente
me tenía: ya está aquí.

Escena IV

Dichos. VIVERO.

VIVERO

Salud, condestable; mil prósperos años
concedáos el cielo.

ÁLVARO

Y a vos, contador,
os libre de viles traidores amaños.
Tomad un asiento.

VIVERO

Admito ese honor.

(Sentándose al lado del CONDESTABLE.)

ÁLVARO

Estáis hoy, Alfonso, demás lisonjero:
de buen cortesano preciaros podéis.

VIVERO

Me precio, maestro, de un ánimo entero
para usar la espada, que aquí al lado veis.

ÁLVARO

Sois hombre valiente: confieso a fe mía
que en vuestra mancilla mi lengua no ha hablado.

VIVERO

Pues yo al escucharos por cierto creía
que hablabais, maestro, conmigo enojado.

ÁLVARO

Si hubiera un motivo pudierais pensar.

VIVERO

Mirad discurriendo si vos le encontráis.

ÁLVARO

Tal vez no me fuera difícil de hallar.

VIVERO

¡Pardiez! No os entiendo, si claro no habláis.

ÁLVARO

¿El bueno de Alfonso aún no ha presumido
por qué el condestable llamado le ha?

VIVERO

Don Álvaro, en ello nada he discurrido,
pero ahora lo pienso, y acierto quizá.
¿Habrá ya llegado a vuestra noticia
la orden que manda se os ponga en prisión?

ÁLVARO

No es eso; desprecio del rey la injusticia
que cubre así al trono de oprobio y baldón.

VIVERO

En vano en defensa de vuestra persona
no ha mucho en la corte mi influjo empleé;
la altiva grandeza rindió a la corona;
don Juan a sus cargos dio crédito y fe.
Mas yo desde luego por mi vida os juro
que daros aviso de todo pensaba,
para que os pusierais con tiempo en seguro
del lazo insidioso que se os preparaba.

ÁLVARO

No es eso, os repito; estáis engañado:
no más disimulo, señor contador.
¿Sabéis que alucina vuestro desenfado?
Cualquiera diría que habláis con candor.

VIVERO

Callad, condestable, que si hora perdono
la ofensa injuriosa que osado me hacéis,
es porque contemplo que de vuestro encono
menos culpa que otros vos mismo tenéis.

ÁLVARO

¡Perdón? Vuestra lengua mirad lo que dice.

VIVERO

¿Queréis que riñamos? No es ésta ocasión.

ÁLVARO

¡Reñir...! ¡Yo el maestre...! Con vos... ¡Infelice!
Picáis en muy alto, novel campeón.

VIVERO

Sacadme de dudas, y ya que he venido
mostradme el objeto que traigo yo aquí.

ÁLVARO

Despacio. Decidme... ¿Qué os ha parecido el fraile insensato que habló contra mí?

VIVERO

Os he dicho antes, y extraño que ahora la misma pregunta de nuevo me hagáis, que me ha parecido su lengua traidora digna de cortarse por vos.

ÁLVARO

¡Hola! Estáis asaz justiciero: no así yo os creía, ni ver vuestro rostro pensé tan sereno.

VIVERO

Bastarda sospecha acaso podría...

ÁLVARO

Tened: de sospechas estoy bien ajeno.

VIVERO

Entonces dejaisme por Dios confundido: no atino la causa de hallaros así.

ÁLVARO

No habéis a mi alcázar en vano venido: ¿queréis que os lo diga?

VIVERO

Don Álvaro, sí.

ÁLVARO

Pues bien: esas cartas mirad con cuidado,

(Entregándole unos papeles.)

y ved si su letra tal vez conocéis: el rostro, Vivero, se os ha demudado.

VIVERO

Tomad.

(Devolviéndoselas después de haberlas recorrido por alto.)

ÁLVARO

Mi conducta ya no extrañaréis.

VIVERO

Don Álvaro, cierto que asaz se parecen
esos caracteres a la letra mía.

ÁLVARO

Con tales excusas no se desvanecen
cargos que están claros cual la luz del día.

VIVERO

Estoy inocente del pérfido amaño:
el solo recelo mancilla mi honor.
Jamás tal mudanza creyera en un año.

ÁLVARO

Y yo no creyera que fueseis traidor.
Aún no era llegado el tiempo oportuno
para disculparos, noble paladín.

VIVERO

(Levantándose, y echando mano a la espada.)
Si tales denuestos me hiciera otro alguno,
por Cristo bendito que ya dado fin
hubiera esta daga a viles querellas.

ÁLVARO

Por mi vida os ruego que no os sofoquéis:

(Volviéndole a entregar las cartas.)

Tomad, pues, las cartas; tomad, y leellas.

VIVERO

Estoy indignado.

ÁLVARO

Sentaros podéis.

(VIVERO se sienta, y lee las cartas con detenimiento.)

VIVERO

Señor, de esos pliegos los viles renglones
mis rasgos es cierto que fieles imitan,
pero son tan falsos como las razones
que así a la venganza vuestro ánimo incitan.

¡Y hablar de Jimena...! ¡Jimena que es pura
más que el puro rayo del radiante sol!
Vengar yo os prometo la vil impostura
a fe de cristiano y a fe de español.
Es cierto que el fraile fue su confesor;
¿mas sólo por eso habéis de creer
que diera ese paso pérfido y traidor
una tan sencilla cándida mujer?
Nunca un caballero noble y castellano
de sí propio en mengua tal cosa pensara:
por vuestro honor mismo, mostradme el villano
que arroja el veneno y oculta su cara.
Creedme, creedme, señor condestable,
os han sorprendido con una falsía:
traición ha sido ésa, traición miserable,
que antes descubro del próximo día,
y ¡guay! del infame que en mi daño atenta
y a vos así engaña y a mí me mancilla.
¡Don Álvaro! Impune ninguno me afrenta,
ninguno debajo del rey de Castilla.

ÁLVARO

No abuséis, Vivero, más de mi paciencia,

(Levantándose: VIVERO y DON JUAN hacen lo mismo.)

hace ya algún tiempo que os conozco a fondo.

VIVERO

Tranquilo me tiene, señor, mi conciencia:
nunca avergonzado la frente yo escondo.
Lástima es por cierto que no conozcáis
también las personas que tenéis al lado.

ÁLVARO

Inútil es todo lo que hablando estáis;
por ahora conmigo ya habéis acabado:
con don Juan os dejo; a él a vuestro antojo
dadle más descargos, si así lo queréis.

(Se marcha: DON JUAN vuelve a sentarse.)

VIVERO

También yo me marchó.

(VIVERO llega a una de las puertas, forcejea para abrirla, y no pudiendo

conseguirlo vuelve a la escena.)

JUAN
¿Pues cómo volvéis?

VIVERO
Está por defuera corrido el cerrojo.

Escena V

VIVERO. DON JUAN.

JUAN
También yo, contador, quiero
otras cosas recordaros,
que pienso que han de agradaros;
pero sentaos primero.

VIVERO
Ya podéis, Luna, empezar.

JUAN
¿No tomáis asiento?

VIVERO
No.

JUAN
Pues de esa manera yo
me tendré que levantar.
El acaso llevó ayer
al jardín del rey a un hombre;
excuso decir su nombre,
vos le debéis conocer.
Llegó a tiempo que se hallaba
allí la dama más bella
que en el palacio descuella
entre las demás: estaba
con ella, en plática allí,
de pies a cabeza armado,
un doncel enamorado...

VIVERO
¿Pensáis burlaros de mí?

Reparad que aunque indefenso
estoy, en la red metido,
que algún traidor me ha tendido,
conservo una espada.

JUAN
Pienso
que sois receloso asaz.

VIVERO
Ahora, don Juan, proseguid;
mas sed breve, y advertid
lo que os he dicho.

JUAN
Escuchad.
Como los dos amadores
no anhelaban que ninguno
se presentase importuno
a interrumpir sus amores,
así que sintieron ruido
el hombre se retiró,
no muy lejos, pues quedó
allí a la mano escondido.

VIVERO
¿Si tanto de oprobio os llena,
cómo osáis, hombre insolente,
conmigo aquí, frente a frente,
recordar aquella escena?
Merecíais, vive Dios,
que en el rostro os escupiera.

JUAN
Habladme de otra manera,
que ahora estoy solo con vos.

VIVERO
Callad: ¿queréis que os confunda
trayéndoos a la memoria
todo lo que de esa historia
en mengua vuestra redundo,
y que os hallabais dispuesto
vos sin duda a suprimir?
¡Pardiez! Habreislo de oír
únicamente por esto.

Habéis, Luna, de saber
que el hombre que entró, cobarde
de sus fuerzas hizo alarde
contra una débil mujer.
Dijisteis que allí cercano
el paladín se escondió,
y es verdad, porque salió
a contener al villano
que hollando así toda ley
de humanidad y decoro
profanó con tal desdoro
el mismo jardín del rey;
pues, pese al hombre malvado,
existe una providencia
que vela por la inocencia,
bien lo sabéis vos.

JUAN

¡Cuidado!
vuestra lengua no me irrite,
esforzado paladín,
que no hay como en el jardín
en este sitio quien grite,
ni está tan armado él:
ahora ha cambiado la escena:
a encontrarse aquí Jimena
yo hiciera vuestro papel.

VIVERO

Tened la lengua, el de Luna,
si no queréis que esta daga
mis ofensas satisfaga
todas juntas.

JUAN

¿Por fortuna
acaso pasos sentís?

VIVERO

No, don Juan: ¿por qué tembláis?
Descolorido os quedáis.

JUAN

¿Nada, Alfonso, presumís?

VIVERO

¿Pensáis que venga a prender
a don Álvaro, Plasencia?

JUAN
No es por eso mi impaciencia;
los pasos son de mujer.
Tiemblo, Vivero, por vos.

VIVERO
No os comprendo bien... ¿por mí?

JUAN
Mirad, Alfonso, hacia allí.

(Mientras VIVERO mira ansiosamente a una de las dos puertas, DON JUAN se marcha por la otra.)

VIVERO
¡Es Jimena...! ¡Justo Dios!

(JIMENA aparece fija en el dintel de la puerta: recorre la escena con la vista, y después se arroja en los brazos de VIVERO.)

Escena VI

VIVERO. DOÑA JIMENA.

JIMENA
¡Alfonso! ¡Alfonso!

VIVERO
¡Jimena!

JIMENA
Tu mano tiembla... ¡Ay de mí!
¿Por qué muestras esa pena?
¿Por qué el dolor te enajena?

VIVERO
¿Quién te ha conducido aquí?

JIMENA
Esta carta por ti escrita.

(Entregándole un papel.)

VIVERO

¡Aborrecido papel!

(VIVERO se le arrebató, le mira, y luego le hace pedazos, con señales de la más violenta desesperación.)

No es mío...

JIMENA

Tu letra imita.

VIVERO

¡Es verdad...! ¡Suerte maldita!

¡Nos asesinan con él!

JIMENA

Tu escudero me le dio
en tu nombre.

VIVERO

¿Dónde está?

JIMENA

Él aquí me acompañó.

VIVERO

¡Pueda salir de aquí yo,

y él mis iras temblará!

¡Traidores, venid, venid

todos a la vez armados:

yo os reto a muerte, salid!

¡Juro por Dios que en la lid

quedaréis escarmentados!

¡Jimena...! ¿No te predice

nada triste el corazón?

¿Nada esta torre, te dice?

¡Nos han vendido!

JIMENA

¡Infelice!

VIVERO

¡Cielos! ¡Tened compasión!

(Enajenado completamente.)

¡Mirad en su frente pura
retratada la virtud,
mirad su casta hermosura!
¡No es para ella la amargura!
¡No es para ella el ataúd!
¡Morir tú...! ¡Paloma mía!
¡Temprana y fragante flor!
¡Y ha de gozarse el traidor
Juan de Luna en tu agonía
y en tu muerte...! ¡Horror! ¡Horror!

JIMENA

¿Qué importa que separarnos
logre aquí en el triste suelo
y la existencia arrancarnos,
si hemos después de juntarnos
mal que le pese en el cielo?

VIVERO

¡Morir! ¡morir...! ¡Por piedad!
Aleja ese pensamiento:
torna a mi pecho la paz,
desvanece esta ansiedad
que dentro del alma siento.
Yo nuestro sepulcro abrí,
Jimena hermosa... ¡Perdón!
¿Por qué a Castilla volví?
¡Necio! Insensato de mí!

JIMENA

Alfonso... por compasión...
¿Qué frenesí te enajena?
Vuelve en ti, querido mío:
mírame, soy yo, es Jimena
la que contempla tu pena.

VIVERO

Perdona mi desvarío.

JUAN

¿Por qué así desconfiar
tan pronto de nuestra suerte?
Aún nos podemos salvar.

VIVERO

Era el temor de perderte
el que me hizo delirar.

Dices bien, nos salvaremos:
no tiembles, no tiembles, no:
por donde salir busquemos,
y abrirnos paso podremos,
que aún tengo una espada yo.

(Saca la espada, y recorre la escena forcejeando en las puertas, como lo indican los versos.)

Esta puerta está cerrada:
y esta otra lo está también.
Si pudiera con la espada...
pero es empresa arriesgada:
ven hacia aquí dentro, ven.

(Éntranse por los arcos.)

JIMENA
¡Qué altura...! ¡Oh Dios!
(Gritando desde el corredor.)

VIVERO
¿No ves gente
a la otra parte del río?
van a pasar ahora el puente.

JIMENA
Ya nos salvamos... ¡Dios mío!
¡Favor...! ¡Socorro!

VIVERO
Detente:
no grites, que esa impaciencia
puede perdernos quizá.
Será el conde de Plasencia.

JIMENA
Dios protege a la inocencia.

VIVERO
¿Cómo tan pronto vendrá?

Escena VII

Dichos. DON JUAN. RIVADENEIRA y los cuatro hombres, todos con los aceros desenvainados.

RIVADENEIRA

Ahí en el corredor oigo sus voces.

JUAN

Cargad todos sobre él y desarmadle:
donde su libertad hallar procura
encuentre su cadalso el miserable.
Ni una gota de sangre ha de verterse:
ya sabéis lo que quiere el condestable.

UNO

Seréis obedecido.

RIVADENEIRA

Vamos pronto.

JUAN

Yo marcho con vosotros.

RIVADENEIRA

Adelante.

(Éntranse donde se halla VIVERO, y se oye el ruido de la pelea.)

VIVERO

Déjame sólo aquí, ya oigo sus pasos.

JIMENA

Moriré junto a ti.

VIVERO

¡Fuera, cobardes!

¡Cargad mil sobre mí, nada me importa,
de mil derramaré la inicua sangre!

JIMENA

¡Socorro...! ¡Compasión!

RIVADENEIRA

Callad.

JUAN
¡Silencio!

(VIVERO viene defendiéndose de RIVADENEIRA y los cuatro hombres que le acuchillan, y sale de la escena. DON JUAN detiene a JIMENA en el interior, y vuelve con ella a la escena así que ésta se halle desocupada.)

VIVERO
¡Aquí, Luna traidor; ven a vengarte!

Escena VIII

DON JUAN. DOÑA JIMENA.

JUAN
Esperemos los dos en este sitio.

JIMENA
Quiero morir con él; monstruo, dejadme.
¡Maldición sobre vos!

JUAN
No deis más voces:
inútil es gritar: todo es en balde:
llegó el momento de vengar la afrenta
que me hicisteis los dos...

JIMENA
¡Hombre execrable!
Tiembla por ti; los cielos nos protegen.
Acaso tú pisando los umbrales
estás ya del sepulcro.

JUAN
Son delirios
que tu imaginación quiere forjarse.

JIMENA
Ya Vivero tal vez no lucha solo;
pronto hollarán sus plantas al cobarde
que a su vida atentó... ¿No sentís ruido?
no es el rumor de un bárbaro combate;

ni es gente amiga vuestra.

Escena IX

Dichos. VIVERO. RIVADENEIRA. Los cuatro armados.

RIVERO

(Llega aprisionado por los cuatro hombres, que forcejean para conducirlo al foro.)

¡A Dios, Jimena!

¡Me llevan a morir!

JIMENA

(Arrojándose a los pies de DON JUAN.)

¡Piedad!

VIVERO

¡Infames!

Dejadme, quiero verla. ¡Dueño mío!

(Consigue desasirse y corre hacia JIMENA.)

JIMENA

¡Ven a mis brazos, ven!

VIVERO

¡Dichoso instante!

JUAN

Ejecutad las órdenes al punto
de mi tío y señor el condestable.

VIVERO

La muerte junto a ti no me acobarda:

llegad, heridme aquí.

(Vuelven a apoderarse de VIVERO.)

JIMENA

¡Por Dios, dejadle!

¡Un momento no más, sólo un momento!

JUAN

Cumplid vuestra misión: pronto arrojadle.

(DON JUAN retiene por fuerza junto a él a JIMENA mientras RIVADENEIRA y los cuatro hombres conducen a VIVERO al corredor.)

JIMENA

¿Dónde le conducís, dónde, malvados?
Cebad en mí el furor, verted mi sangre;
yo doy por él mi vida.

VIVERO

(Desde el corredor.) ¡A Dios, Jimena!
¡Misericordia...! ¡Oh Dios!

(Al tiempo de arrojarle se oye el ruido que hace el cuerpo al caer.)

JIMENA

Gózate, infame,
en tu bárbaro triunfo: ¡ya no existe!
¡Muere a mis manos tú, muere, cobarde!

(Arrebata frenéticamente a DON JUAN el puñal que éste lleva en la cintura, y le hiere a él.)

¡Tu puñal asesino es quien te hiere!

JUAN

¡Compasión...! ¡Compasión! (Cayendo.)

JIMENA

¡Logré vengarle!

(Con delirante complacencia: cae desplomada sobre un sillón. RIVADENEIRA y los cuatro hombres van a salir, y sintiendo ruido de armas y gente que llega huyen velozmente: hasta la conclusión del drama se oirá dentro ruido de espadas y gente que pelea.)

Escena X

Los precedentes. El REY. HARO. PLASENCIA. SOLDADOS. Dos hombres con hachas encendidas.

(Entra primero el REY con dos o tres, y recita en el dintel de la puerta los primeros versos, vuelto de espaldas hacia la escena.)

REY

Guardad todas las puertas, ballesteros:
ninguno de los pérfidos se salve:
si alguno se resiste, dadle muerte,
sin respetar al mismo condestable.
Llegad, condes, llegad, que aún será tiempo.

(Entran todos: el REY se adelanta con espada en mano acompañado de los hombres que traen las hachas: al tropezar casi con DON JUAN retrocede horrorizado.)

¡Qué espectáculo...!
¡Oh Dios! Tinto en su sangre
se revuelca don Juan.

(JIMENA se levanta lánguidamente como saliendo de un letargo, y recorre dolorosamente la escena con la vista.)

JIMENA

¡Alfonso ha muerto!

(Arrojándose a los pies del REY, que se adelanta. Durante esta escena los SOLDADOS después de haber peleado con los asesinos de VIVERO, consiguen desarmarlos y prenderlos.)

¡Monarca de Castilla, llegáis tarde!

FIN DEL DRAMA